

Ofrenda a muertos en México*

Jorge Magaña Ochoa** y Raúl A. Guerra Meléndez***

<p>Resumen</p> <p>El trabajo que aquí se presenta no pretende ir más allá de una reflexión sobre el proceso de creación artístico-simbólica que encierra el fenómeno comprendido bajo el concepto de Ofrenda a Muertos para los mexicanos. Dicha reflexión parte de un proyecto más amplio sobre el significado antropológico de la muerte en el México actual, como un elemento más en la búsqueda de interpretación y/o comprensión del fenómeno identitario de lo mexicano; ya que es el momento propicio para la reunión tanto de las comunidades imaginarias (muertos) como de las comunidades reales (familias).</p> <p>Palabras clave: Ofrenda a muertos; muerte; fieles difuntos; todos santos; Miccayhuitl.</p>	<p>Abstract</p> <p>The work presented here is not intended to go beyond a reflection on the process of artistic creation holds the phenomenon symbolic understood the concept of offering to the Dead for Mexicans. Such reflection part of a larger project on the anthropological significance of death in Mexico today, as one element in the search for interpretation and / or understanding of the phenomenon of Mexican identity, as it is the right time for the meeting, both imagined communities (dead) and real communities (families).</p> <p>Key words: Offering to the dead; death; souls; all saints; Miccayhuitl.</p>
--	--

* Este artículo se terminó el 02/2010; se entregó para su evaluación el 07/2010; se aprobó para su publicación el 12/2010. El trabajo que aquí se expone formó parte de la Conferencia Magistral que con motivo de la Celebración a Muertos realizó la Licenciatura en Arqueología de la Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, México, en noviembre de 2010.

** Docente-investigador y miembro del CA Estudios Mesoamericanos de la Facultad de Ciencias Sociales, Campus III, Universidad Autónoma de Chiapas, México. E-mail: jorgem41@hotmail.com

*** Artista plástico e investigador sobre el tema de la Muerte y las Ofrendas a Muertos en México.

En México, a finales de octubre y principios de noviembre, encontramos lugares llenos de vida y fiesta recordando la muerte. Se trata de una tradición ancestral en la que los mexicanos han hecho de la figura de la muerte su hermana, su comadre y hasta su madre.

Quizá un mero pretexto para reunirse a comer, a emborracharse, a convivir con la familia alrededor de una tumba, al interior de un panteón.

Por tal motivo, la reflexión que a continuación se presenta forma parte de una investigación más amplia en torno al significado de la muerte en México. Investigación que se enmarca en la Línea de Generación de Conocimiento que sobre la Antropología Médica se trabaja en el Cuerpo Académico de Estudios Mesoamericanos¹, de la Universidad Autónoma de Chiapas; y que en esta ocasión pudo contar



Altar casero. Fotografía de Jorge Magaña

con la participación de un investigador invitado: el artista plástico Raúl Guerra², coautor de este trabajo.

Para los fines del presente artículo, la reflexión, principalmente, gira en torno a la estructura artístico-simbólica en la que los mexicanos contextualizan sus Altares para recibir a sus fieles difuntos; estructuración simbólica-material que va más allá de una simple alegoría del recuerdo y que ha trascendido para formar parte de la identidad cultural del mexicano. Saúl Millán (2011) señala que la Ofrenda a Muertos —como parte de la Fiesta de Día de Muertos— es reconocida como obra maestra del patrimonio oral e intangible de la Humanidad:

...La declaración de la UNESCO, promulgada en noviembre del 2003, reconoce en efecto que esta celebración constituye la causa y el origen de una enorme variedad de expresiones culturales, cuyas representaciones han dado lugar a una arquitectura simbólica que se expresa en una infinidad de obras plásticas, objetos artesanales y muestras del arte efímero que se producen en las distintas regiones indígenas... [y no indígenas del territorio mexicano].³

1. La presencia de la muerte

Símbolos y simbologías de remembranza terrena de los seres que no se encuentran ya en este mundo. Alegorías de azúcar, calaveras de dulce, chocolate, mole, arroz, calabaza en tacha... pulque, manjares dignos del paladar de nuestros sempiternos muertos.

En un mundo plasmado por la pseudoconcreción fenoménica⁴, con cánones y caracteres que van más allá de cualquier conceptualización lógica a priori de lo que se manifiesta ante nuestros ojos, el mexicano tiene la necesidad insaciable de nunca olvidar a sus seres queridos que se han ido. No importa la devaluación económica de nuestra moneda, no importa la guerra en Chiapas, no importa nada si yo puedo hacerle fiesta a mis muertos.

Investigadores como Claudio Lomnitz-Adler se cuestionan si puede ser la muerte un símbolo nacional de México, o mejor dicho, para los mexicanos. Y precisa:

La idea de que la Muerte es el tótem de México fue propuesta por primera vez por un poeta surrealista español, Juan Larrea, en el decenio de 1940. En esa época, se definía los tótems, desde luego, como símbolos tutelares que representaban al antepasado atávico de todo el grupo. Además de la representación predominante de la muerte, a menudo humorística y frecuentemente íntima, los mexicanos, como escribiría Octavio Paz más tarde, se referían en ocasiones a sí mismos colectivamente como “hijos de la chingada”, expresión cuyo primer significado es “bastardos”, “hijos de la cogida” e “hijos de la muerte”.⁵

Al respecto de la muerte, para autores como Francisco Franco y, para el caso de Mesoamérica menciona que,

...no se toman suficientemente en cuenta las implicaciones sociológicas y religiosas del culto a muertos y sus manifestaciones rituales y ceremoniales en el ciclo anual, que se extiende más allá de la celebración de la fiesta Todos los Santos y constituyen una parte integral del culto a éstos. Los orígenes de esta festividad mesoamericana son prehispánicos...⁶

Pero siguiendo con Lomnitz-Adler:

En la actualidad, parece fácil hacer caso omiso de la representación que hace Paz de la ligereza con que los mexicanos contemplan la muerte; después de todo, fue sólo uno de los adornos del nacionalismo revolucionario mexicano... sin embargo, un buen número de prominentes artistas, periodistas e intelectuales contemporáneos que probablemente estarían de acuerdo en que la preocupación de Paz por las obsesiones del mexicano por la muerte es romántica, parecen seguir pensando que la cruda presencia de la muerte en la vida cotidiana es lo que mejor representa la “verdadera realidad” de México.⁷

2. Permanencia mágico-religiosa en el pensamiento (simbólico) del mexicano

Si bien es cierto que en la composición existencial del género humano, se advierte claramente el binomio: cuestionamiento-respuesta, en este caso, los principios inmanentes e integradores son el tiempo y el espacio. Ellos son los que enmarcan y dan sustento a dicha concepción.

Reconocer el tiempo como principio dinámico y al espacio como aquella dimensión capaz de albergar presencias tangibles e intangibles, denotará con cierta facilidad que los efectos causados naturalmente en dichas presencias —como la apertura al consumismo de Halloween (la noche de brujas *made in USA*) y no de la Ofrenda a Muertos— dentro del espacio tiempo, sufrirá o deberá sufrir cambios y transformaciones, lo cual puede representar un duro golpe a dicha tradición. En palabras de Franco:

...[el] Día de los Muertos que actualmente se lleva a cabo en México ya no es indígena, ni siquiera campesino. Se celebra en zonas urbanas e incluso se ha extendido al sur de los E.E.U.U., donde se practica un Halloween con notorias influencias del Día de Muertos mexicano; al igual que en México, donde el Día de Difuntos tiene actualmente claras influencias del Halloween estadounidense, lo cual, en alguna medida, ocurre en Latinoamérica.⁸

Sin embargo, su permanencia en el pensamiento simbólico del mexicano en la actualidad, nos lleva a la idea de que la tradición progresó y ha progresado necesariamente con referencia a los elementos espirituales y temporales antes de progresar en su conjunto... gracias al capital.

La gran riqueza simbólica que se encuentra plasmada en toda explicación mística y en la de Ofrenda a Muertos en lo particular, parte de un devenir histórico que va tomado de la mano del hombre en su vida cotidiana para dar respuesta a la gran universalidad de que el ser humano teme y desconoce. Este devenir también va configurando una estructura cada vez más sofisticada y, de entrañable poder, integrada

por valores ideológicos profundos, en la que se aglutina a la comunidad humana en la búsqueda de explicación a ciertos cuestionamientos que les atañen, como la pérdida de un hijo o de una madre.

Por ello, cualquier escrito que se promueva y realice sobre las expresiones individuales o grupales referentes al hombre, representa el compromiso sostenido que debe afrontar el propio hombre ante sí y sus iguales; pretendiendo responder más satisfactoria y adecuadamente a la pregunta indispensable que la vida nos plantea. Por tanto, conocer la obra de los hombres, que encava, transforma, remodela o se alía a la naturaleza, considerando sus efectos, reviste alcances de trascendencia y aproximación más plena a la huella y provocación que la misma *opus homini* manifiesta a la permanencia.

Por deseos de especificidad, muchos estudiosos modernos aplican el concepto de tradición a muertos a los productos del trabajo inmersos plenamente en la verdad, la bondad y la belleza de la ofrenda, tanto como a la reunión de peculiaridades que caracteriza o identifica a los distintos grupos humanos. Sin embargo, debemos tomar muy en cuenta lo que Millán señala para el caso de la Ofrenda a Muertos en México:

Aunque la fiesta de Todos Santos y Fieles Difuntos tiene una larga historia en la cultura occidental, cuyos orígenes se remontan a los festivales de invierno que las regiones célticas conocían con el nombre de samhain, su celebración habría de encontrar correspondencias análogas en el México precolombino, donde el apego a un calendario ceremonial permitía que cada mes estuviera por una festividad titular... Entre los mexicas del altiplano central, el décimo mes... estaba dedicado a una fiesta solemne, llamada Miccayhuitl o Huauhquiltamaqualiztli, que algunos cronistas de la época tradujeron como La fiesta grande los muertos en virtud de que se colocaban ofrendas alimenticias sobre “las sepulturas de los muertos” y se “sacrificaba un gran número de hombres”, según los testimonios de fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Duran.⁹

3. La tradición viva

Como ya mencionamos, en México a finales de octubre y principios de noviembre, todo habitante o eventual asistente al territorio percibirá sin ningún esfuerzo, un generalizado ambiente revestido de movimiento y vida: serpenteantes aromas y florales atados, filigranas de papel en medio de esplendidos sabores; hervor de viandas en acuerdo a memorias familiares; pacientes velas y veladoras que pronto representarán a un firmamento de almas solitarias. Minucioso acopio de prendas y enseres cotidianos que en algún tiempo caracterizaron espiritualidad colectiva plena de afanes se dispone a recibir digna, respetuosa y cordialmente a quienes vendrán y estarán aquí de nuevo con nosotros.

Tan esquemática configuración pretende describir con la brevedad posible una parcial elementaría que podría originar el principio de una Ofrenda a Muertos: tradición ancestral mágico-religiosa que anualmente los mexicanos —los que aún tenemos rostro— practicamos en medio de un espiritual impulso para animar la memoria de quienes “ya se han ido”. Ciertamente, en las Ofrendas a Muertos del México nuestro, en tan atractiva y solemne celebración, subyace, desde tiempos precortesianos, el concepto de permanencia como esencia inmanente de dichos oficios; reconociéndose por tanto, la tonalidad contenida y la asiduidad en su realización:

...decían los antiguos que cuando morían, los hombres no perecían, sino que de nuevo comenzaban a vivir, casi despertando de un sueño, y se volvían en espíritus ó dioses... y cuando alguien se moría, de él solían decir que ya era téotl.¹⁰

Sin embargo, debemos citar que, desde la temporalidad evangelizadora, cometida en nuestros pueblos originales, hubo de acatarse una coparticipación conceptual, compositiva y formal que subsiste hasta la fecha; condición ésta que, merced al talento popular y artesanal, además de asimilarse, logra manifestaciones de sublime emocionalidad.

Asimismo y en tiempos más o menos recientes, algunas ofrendas de carácter transcultural y propósitos consumistas, buscan una

“caricaturesca” sustitución: apoyándose en divulgación desmedida, mercenarios ideológicos y promesas de “divertimento” enfermizo, intentan desplazar a tan profunda celebración. Dicho sea de paso, nos referimos al *Halloween* o “noche de brujas”; tradición que ha sido degenerada por el irrespeto de EE.UU. y el desmedido impulso de sometimiento característico de tan avieso promotor.

Retomando la especificidad de la tarea, debemos señalar que la elaboración de una Ofrenda a Muertos se inicia con la selección del sitio en donde habrá de realizarse, conforme a una decisión familiar. Generalmente se elige el interior de una casa habitación o la tumba que conserva los restos mortuorios de quien o quienes serán celebrados; sin descartarse la posibilidad de utilizar algún sitio ajeno a los mismos, tanto como del apoyo simultáneo en dos o más lugares. Conforme a la tradición, la fecha para recordar a los angelitos difuntos o difuntitos niñitos se refiere al 31 de octubre, dedicando a los adultos fallecidos el 1 y 2 de noviembre.

En la elaboración de una ofrenda destinada a algún(a) angelito(a) difunto(a) habrá de contemplarse el predominio del color blanco, subrayando con esto la inocencia que le caracteriza, la reunión posible de juguetes y objetos simples utilizados por él(la) angelito(a) en vida, las prendas de vestir más frecuentemente usadas, su morral, gorra, sombrero o listones, dulces y colaciones, tamales, pan con azúcar, atole y agua de sabor elaborados por la familia, la fotografía correspondiente o el nombre escrito, serán elementos indispensables que dispuestos con el orden posible en la tumba o sobre un petate de palma extendido sobre el piso, serán referentes inequívocos de la intención ofrendaría.

Podrán adicionarse a los elementos citados: conjuntos de fruta regional, cirios, papel picado, imágenes religiosas, así como fragmentos de vegetación local; considerando siempre que la dimensión y número de los componentes descritos sean breves y en condiciones aceptables. Las flores serán “cempoalxóchitl”, “nube” y atados silvestres de color blanco.

Como dato complementario hemos de citar que el noveno mes del año prehispánico estaba dedicado íntegramente a la

remembranza de los difuntitos menores; reconociéndola como “miccaihiltontli”, diminutivo en nahua de “fiesta ofrecida a niños inocentes muertos”. Las ofrendas consagradas a muertos mayores, como parte del festejo “ueymiccailuitl” en el décimo mes del año, y difiere de la muestra anterior en el sentido constitucional principalmente.

Su extensión obedecerá sólo a los límites de las tumbas contiguas. El cromatismo será tan variado y brillante como sea posible, predominando frecuentemente el violeta oscuro y evitando el color naranja. Las viandas quedarán contenidas parcialmente dentro de canastos de vara, cubiertas con blancas servilletas bordadas. Sin duda estarán presentes aspecto y efluvios de un menú tradicional popular: generalmente arroz rojo, mole con pollo, frijoles, tortillas, pulque; calabaza en tacha. Tamales y chiles. Fruta regional, chocolate en agua y ocasionalmente alguna bebida “de grueso calibre”. Cigarros y pan lugareño destinado al fin en cuestión. También de acuerdo a la región, pudiera considerarse la participación de productos lacustres o marinos, flor de cempoalxóchitl (flor de “cuatrocientos pétalos”, según la tradición), flor de terciopelo (violeta-rojiza) y “nube”, serán los conjuntos más frecuentes.

La atmósfera habrá de enriquecerse con la quema de incienso y copal de franca evocación mortuoria, un número indeterminado de calaveras de azúcar blanca serán elementos indispensables en estos festejos. Como la composición anterior, podrá colocarse una fotografía del o los muertos en remembranza, pudiendo sustituirse por el nombre escrito. Cantos, música, rezos y menciones orales referidas al difunto, así como la ingestión de bebidas y alimentos, corresponden al proceso del festejo; prolongándose frecuentemente hasta el siguiente amanecer.

Al momento se ha descrito someramente la constitución de ofrendas sobre tumba, sin embargo existe paralela y/o simultáneamente el levantamiento de altares; instalándose en interiores habitacionales, áreas externas y fuera de los cementerios. Tales altares, habrán de contener la Ofrenda a Muertos que decida o requiera el grupo familiar, empleando los elementos compositivos tradicionales.



Altar casero. Fotografía de Jorge Magaña

Apoyándose en cajas, bancos y mesas de uso cotidiano y constitución informal, podrá conformarse un escalonamiento que anteceda a la altura máxima lograda por una mesa; misma que habrá de apoyarse en una nueva que realizará la función de respaldo. Previamente al inicio del escalonamiento se desplegará un petate de tule o palma. Sobre dicho petate quedaran asentados los alimentos, bebidas y enseres propiedad o dedicados al difunto; incluyendo cirios o veladoras, flores de cempoalxóchitl exentas de tallo, y elementos ornamentales congruentes al propósito.

Los escalonamientos sugieren un esfuerzo ascensional del difunto hasta alcanzar la “máxima” altura en la mesa y reiniciar el ciclo dinámico. En los espacios escalonados quedarán asentadas las

frutas, calaveras de azúcar y contenedores de flores de cempoalxóchitl, de “terciopelo” y “nube”.

La mesa o base de altar propiamente dicho podrá servir como asiento de figuras religiosas. Un cráneo de azúcar de tamaño natural; un recipiente con sal; parte de un cirio “pascual” y un vaso con agua. Si el espacio lo permitiera podrá aprovecharse para apoyar floreros y canastos de fruta regional.

La pared o muro de respaldo podrá emplearse como apoyo a elementos religiosos, artesanales, etc., que promueva la espiritualidad posible en la asistencia. Las velas y veladoras, guías lumínicas para recorrer la ofrenda, rememoran también aquellos difuntos que no poseen familiares que los recuerden. Un camino o guía marcado con cal en polvo y pétalos de cempoalxóchitl “orientaran” a los difuntos que lleguen y puedan alcanzar la esencia de su Ofrenda.

Como podemos observar, los componentes materiales de esta celebración poseen cualidades simbólicas que atienden al concepto de la “permanencia”.

4. En conclusión

Por todo esto, toda vez que hablemos del mexicano, de nosotros los mexicanos, emergerán como blancas flores nuestras tradiciones, alumbrando con copal, velas y cempoalxóchitl nuestro camino. Tradiciones que nos distinguen, que dan respuesta a muchos deseos de reunión y permiten compartir las existencias.

De aquel universo habitual, el de las celebraciones de la Ofrenda a Muertos, reúne expresiones simbólicas plenas de atractivo y reflexión filosófica profunda, de alcance popular, revestida con moños de risa y papel multicolor, representando un proceso de cristalización hacia el anhelo de mejoría que todo ser humano ansía cuando la mano artesanal se estrecha con el hacedor de pensamientos o con el ingenio característico del mexicano.

Así, la Ofrenda a Muertos queda basada en un poder divino que se contrapone a la simplicidad e insignificancia del hombre con respecto a la magnificencia del cosmos.

Notas y bibliohemerografía

- ¹ El CA de Estudios Mesoamericanos fue creado en el año de 2006 a partir de tres Líneas de Generación de Conocimiento, siendo la de Antropología Médica una de ellas. Dicha Línea realiza investigaciones sobre las prácticas y conocimientos médicos indígenas, populares, campesinos y urbanos; así como la búsqueda de establecer un lenguaje de entendimiento entre la medicina occidental y las culturas indígenas. Aporta tesis de Licenciatura y Postgrado, principalmente en la carrera de Antropología Social de la Universidad Autónoma de Chiapas y en el Doctorado de Estudios Regionales de la misma universidad.
- ² Raúl Guerra lleva más de 40 años dentro de la plástica mexicana. Entre otras obras ha participado en la creación artística de las Salas Mexica y Otomí Palme, del Museo Nacional de Antropología de México; también tiene varias obras representativas de muertos y Ofrendas monumentales en Caracha y Janitzio, Michoacán, México. Por último, el profesor Guerra ha participado con antropólogos, artistas e intelectuales mexicanos en la búsqueda de creación del primer Museo de la Muerte Interactivo, todavía en proyecto.
- ³ Saúl Millán. “Día de Muertos. Patrimonio Intangible de la Humanidad”. En *Mexicanísimo. Abrazo a la Pasión*, México: N° 39, mayo 2011, p. 48.
- ⁴ Si se quiere profundizar más en el concepto de la pseudoconcreción fenoménica, se recomienda la obra de Karel Kosik. *Dialéctica de lo concreto*, México: Editorial Grijalbo, 1967. En el que plantea un estudio sobre los problemas del hombre y del mundo.
- ⁵ Claudio Lomnitz-Adler. *Idea de la Muerte en México*, México: Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 23-24.
- ⁶ Francisco Franco. *Muertos, fantasmas y héroes. El culto a los muertos milagrosos en Venezuela*, Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones. 2009, p. 73.
- ⁷ Claudio Lomnitz-Adler. *Op. cit.*, p. 25.
- ⁸ Francisco Franco. *Op. cit.*, p. 75.
- ⁹ Saúl Millán. *Op. cit.*, p. 49.
- ¹⁰ Bernardino de Sahagún. *Historia General de las Cosas de la Nueva España, I*, Madrid: Plaza edición. 2002.